

***Militancia Teatral*. Myriam Espinoza Vergara, edición de Maritza Farías Cerpa. Santiago: Ediciones Oxímoron, 2025**

Dra. Verónica Sentis Herrmann¹
vsentis@upla.cl

Pocas veces tenemos la oportunidad de encontrar un libro de estas características, dentro del campo de los estudios escénicos chilenos. ***Militancia Teatral***, de Myriam Espinoza Vergara, es un libro que, bajo la atenta mirada de la editora e investigadora Maritza Farías Cerpa, presenta la vida y trayectoria de la teatrera porteña Myriam Espinoza, como un relato biográfico valioso para la historia del teatro de Valparaíso y la memoria política chilena.

Utilizando un proceso de investigación cuya metodología de recolección de datos se basó en entrevistas, testimonios directos y la revisión y organización de un archivo teatral personal, Farías escoge utilizar la voz en primera persona como herramienta política y de memoria, relatando, capítulo por capítulo -cada uno denominado “Escena”-, diferentes aspectos de la vida de la artista, dentro de la cual es imposible separar el teatro de su experiencia vital. “El teatro es mi vida” dice Myriam, “el teatro para mí no es solamente subirse a un escenario, para mí es la vida. Es la vida entera. El teatro te hace feliz, te da la posibilidad de vivir feliz y además el teatro salva vidas” (p. 12).

De este modo, en **ESCENA I, Militancia**, Myriam recuerda su activa participación en la Unidad Popular, su participación en las Juventudes Comunistas, los trabajos voluntarios, el viaje a Bulgaria como comunista y guía de pioneros, su retorno al país justo antes del Golpe de Estado, y su experiencia en la clandestinidad. Se detallan acciones políticas y teatrales como herramientas de resistencia y protección durante la dictadura. Nos transmite, mediante una mirada fresca, el aire de esa época, permitiendo con ello visualizar cómo las mujeres se habían integrado a la sociedad en el marco de la UP, disfrutando de un breve período de libertad que, desde la actualidad, le hace decir “Nosotras éramos feministas totales. Había mucha feminista en ese tiempo, éramos muy empoderadas.” (p. 25), con la seguridad de una mujer que ha tomado las riendas de su vida entonces y ahora.

Posteriormente, su relato se centra en la relación teatro-resistencia social, narrando cómo, mediante las técnicas stanislavskianas de construcción de personajes realistas, ayudó a salvar la vida de militantes a quienes debía transformar en otros, para poder escapar de sus perseguidores, regalándonos, con ello, un testimonio de lo que fue su actividad política, mediada por herramientas escénicas.

En **ESCENA II: El gen teatral**, Myriam refiere su infancia, los primeros contactos con el teatro y la educación, y cómo la vocación escénica se instaló desde muy temprano. Recordando, narra sus años en la Escuela Normal, su paso por la Escuela de Teatro de la Universidad de Chile sede Valparaíso y sus primeras experiencias como profesora y actriz.

Posteriormente, en **ESCENA III: La cárcel**, reflexiona sobre su labor de más de 20 años haciendo teatro en recintos penitenciarios. Se detallan talleres teatrales con internos, las dificultades institucionales, las transformaciones personales y políticas que surgen a través del arte y su vínculo afectivo con los participantes. A través de sus palabras podemos ver hoy día cómo, mediante el teatro, Myriam llevó el mar y los cerros dentro de la cárcel, transformando el taller teatral en un espacio de libertad para los presos quienes, por un rato, podían jugar a ser otras personas y volar más allá de los barrotes.

En **ESCENA IV: Un príncipe y una madrina**, vuelve sobre sus vínculos afectivos más íntimos e inusuales, en el marco epocal de la transición democrática. Entre ellos, su amigo Heinrich Von Starhemberg, Príncipe de Austria, mecenas, amante del arte y amigo leal y Frida Klimpfel, llamada por Myriam su madre putativa en el teatro, a lo que Frida acotaba riéndose “más puta que tiva” (179). En este capítulo vemos cómo se entrelaza su memoria personal con la historia social, resaltando la importancia de la dimensión emocional y los cuidados mutuos como formas de militancia cotidiana. Así, a pesar de estar hoy sus dos amigos muertos, vemos cómo a través de su recuerdo la siguen acompañando. Henry, con su impecabilidad moral y Frida por su resiliencia quien, a pesar de la tortura, siguió adelante disfrutando lo dulce y agrio de la vida.

Luego, en **ESCENA V: Escenarios**, podemos ver cómo, para esta artista, todo espacio ha sido bueno para instalar el arte del teatro: calles, salas, escuelas, poblaciones. Relata sus experiencias con las compañías “La Sebastiana” y “El Cité”, su rol como directora, sus principios éticos y políticos sobre el teatro como herramienta social, y su compromiso con la formación teatral a través de la Escuela de Teatro de la Universidad de Valparaíso, gracias al vínculo con los jóvenes. Es el capítulo que cuenta con mayor material de archivo, todos relacionados con su producción escénica: fotos de montaje, programas de mano, imágenes de entrevistas. Si revisamos, detalladamente, estos documentos, podemos constatar lo que la artista viene afirmando en diversos registros, el teatro, para ella, tiene que estar donde está el pueblo. No es algo separado de la vida, es la vida

Finalmente, el libro cierra con **ESCENA VI: Perfiles**, un conjunto de testimonios escritos por sus cercanos, a propósito de la experiencia de vivir cerca y con Myriam. Es una hermosa descripción de la directora desde la mirada de terceros. Es un aporte sensible dentro de esta construcción caleidoscópica y, a la vez, un acto de equilibrio que incorpora las palabras de los otros: hija, hijo, compañeros de militancia, colega, exestudiante. Todos coinciden en que no es posible separar dónde empieza el teatro y dónde termina Myriam, o al revés. Los relatos coinciden, a mí parecer, en cuatro calificativos: Consecuente, generosa, poderosa, ejemplar.

Al terminar de leerlo, no puedo sino pensar este libro como una acción de memoria. Un relato que se cuela en su frescura, que permite volver sobre la historia del teatro y de nuestro país desde el registro de lo íntimo. En sus páginas, podemos observar un movimiento que fluye en dos sentidos. Por una parte, se relaciona con los hechos objetivos que han marcado los últimos 70 años de vida en esta ciudad y, al mismo tiempo, no oculta las marcas, preferencias, amores, creaciones teatrales e ideología de una persona particular, única y gravitante dentro de las artes escénicas porteñas, Myriam Espinoza, sobre quien versa este documento.

A la vez, no puedo terminar esta reseña sin expresar mi admiración por el trabajo delicado de Maritza, quien decide borrar su propia voz para dejar fluir, sin traspies, la de su entrevistada. Esto constituye también un admirable acto de consecuencia, que me permito señalar, mientras insto a los lectores a conocer un material que los conducirá por un emocionante viaje de teatro, amor y militancia.